



Quando era pequeño esperaba con ansias que mi abuelo muriera para ver si Fidel se aparecía en el entierro. Yo era un pionero comunista, de esos que llevaban pañoleta roja y eran obligados a recitar *¡Seremos como el Che!* Y venía de una familia muy cercana al poder.

Me imaginaba a toda la familia formada como un escuadrón militar en el cementerio de Colón en La Habana. Mi madre bañada en llanto, mi tía con unas gafas oscuras evitando el roce de su hija y yo, impecable, con mi camisita blanca por dentro, mi short rojo y mi distintivo de alumno destacado.

Los autos negros de el Comandante llegaban a la entrada y Fidel se bajaba con sus grandes botas, su barba canosa y me abrazaba.

La televisión nacional y los periódicos se hacían eco del momento. Fidel y yo, unidos en un abrazo, para siempre.

Era curioso, no me imaginaba el ataúd. ¿Qué había pasado con abuelo?

A lo largo de mi niñez y temprana juventud estas imágenes me visitaron varias veces.

Yo sabía que había algo malo en mi deseo pero, al mismo tiempo, cuando pensaba en eso, veía luz. Una luz que venía





con Fidel. Una luz que traía el líder y que disolvía lo humano, lo que verdaderamente importaba.

Cuando triunfó la Revolución, en enero de 1959, mi abuelo fue el primero que dijo en la televisión nacional que el tirano Batista se había dado a la fuga. Acto seguido agarró un carro y se fue al interior de la isla para encontrarse con el gran jefe: Fidel Alejandro Castro Ruz. En esa reunión, el Comandante se hizo el bobo y le preguntó cuál tenía que ser el próximo paso. Abuelo, eufórico, le dijo: ¡Fidel, tienes que salir en televisión! ¡Hablarle al pueblo!

Abuelo, además de ser periodista, había colaborado con los luchadores clandestinos de la ciudad y los guerrilleros de la Sierra Maestra. Ayudó a coordinar el secuestro del piloto argentino Juan Manuel Fangio y evitó que varios compañeros de lucha fueran torturados buscándoles escondite. Abuelo era uno de ellos.

Tras llegar al poder, Fidel mandó al viejo de embajador al exterior. Pasó muchos años lejos de la isla. Lo hizo también con muchos otros, era su manera de sacarse de encima a gente inteligente que pudiera caer en la tentación de debatirle. El jefe no quería alrededor hombres que lo cuestionaran.

Al estar lejos de Cuba, abuelo fue perdiendo la objetividad con lo que realmente estaba pasando.

Cuando su padre murió, el único líder que acudió a la funeraria fue el argentino Guevara. El Che le dijo: «Trabajar al lado de Fidel es como trabajar con un pie al borde del abismo». Siendo un pionero comunista entré un día en la cocina y escuché a abuelo decirle eso a mí tía. Pregunté qué era lo que estaban hablando y nadie me quiso responder. Abuelo nunca se atrevió a cuestionar al líder en voz alta. Lo defendió siempre, hasta sus últimos días.





Cuando de verdad murió, Fidel ya estaba muy enfermo y por supuesto que no apareció en el velorio. Había deseado la muerte de abuelo por gusto.

¿De dónde venía ese amor desmedido por el líder?

Durante mucho tiempo pensé que el comunismo era una bendición y que todos en la isla tenían mi nivel de vida. Un día le pregunté: «Abuelo, ¿qué cosa es ser comunista?». Y él agarró un huevo y mirándome a los ojos respondió: «Comunista es que, si tú tienes este huevo, el resto del mundo tenga la posibilidad también de tener un huevo como este».

Abuelo vivía en una casa bonita en Miramar, un barrio que queda al noroeste de La Habana, donde hay unas hermosas playas de roca y una serie de mansiones que pertenecían a la burguesía anterior.

Abuelo tenía dos autos, un yate, y no se bajaba del avión. Mi tía mayor, la favorita, tenía un apartamento inmenso en un pent-house del Vedado, una de las mejores zonas de Cuba. En su casa se cantaba, se esbozaban artículos de prensa y se cuchicheaban las leyes que se implantarían en el territorio nacional. A cada rato la visitaban militares, políticos o celebridades como García Márquez.

Una broma recurrente era sobre una de las criadas que decía: «Hoy viene García Lorca», refiriéndose al Nobel colombiano.

Si la Revolución era con todos y para el bien de todos, ¿por qué tenían criados? ¿Por qué la criada no sabía de literatura? ¿Por qué se burlaban de ella?

Los domingos, la familia se reunía en casa de abuelo y yo tenía la esperanza de acabar de conocer a Fidel. Era el único que no lo conocía.

El viejo sólo había tenido hijas. Mujeres fuertes que lo rodeaban y mimaban como si fuera una especie de gurú.





Alto, con su barba canosa y sus camisas blancas, abuelo parecía un dios.

Fui el primer varón que llegó a la familia. Abuelo se puso tan contento que hasta me escribió un poema.

Aterricé en una casa llena de mujeres y fantasmas. Mi padre no estaba presente y mi abuela era una espiritista que no movía un dedo sin contar con el más allá.

Mi madre decía: «Si el niño sale macho se llamará Carlos, como el abuelo; si nace hembra, se llamará Carla; y si nace maricón, se llamará Carlota».

Mamá tenía la necesidad de ponerle una pizca de cinismo a todo. Era como si hubiera aguantado mucha mierda a lo largo de su vida y entonces, en las conversaciones aparentemente sin importancia, soltaba alguna bomba así, como diciendo: *¡Aquí estoy yo!*

El pequeño núcleo familiar que formábamos mi madre, mi abuela Centa y yo, tenía la categoría de «ovejas negras» de la familia.

A los doce años, una vacuna vencida le despertó una epilepsia a mi madre que, por muchos años, tuvo que estar tomando pastillas. La enfermedad le duró hasta los 33. Cuando nací se le quitó la epilepsia. El médico le había advertido que el parto podía empeorar las cosas o llevarla a un mejor lugar.

Bromeando le digo siempre que soy su salvador.

Cuando me mandaba a hacer algo que yo no quería, le soltaba: «¡Hazlo tú! ¡Acuérdate que yo te curé!». Era una broma, pero al mismo tiempo era un intento de arrinconarla que había aprendido de mi abuelo y de mi tía. Por algo que estaba «flotando» en el aire, algo de esa familia, o qué sé yo, todos la cogíamos con mamá.

A mi abuela le daba igual la Revolución y se pasaba todo el tiempo hablando con los muertos. Y yo, bueno, yo era un niño





mimado y enfermizo que se esmeraba en agradarle a los más poderosos de la familia.

Los almuerzos semanales venían con la esperanza de acabar de conocer al líder de la Revolución cubana. ¿Por qué no? Si era amigo de la familia.

Salíamos en el carro de mi tía, un viejo Lada azul soviético. Nos recogía primero a mi madre y a mí en 21, luego recogíamos a la tía abuela Mercedes en 15 y agarrábamos por todo Malecón, frente al mar, rumbo a la Quinta Avenida.

El aire nos daba en la cara y el olor a salitre nos llenaba de felicidad. La tía abuela Mercedes no paraba de mencionar los nombres de los antiguos dueños de las mansiones por donde el auto pasaba. Gente que salió huyendo para Miami en enero del 59, cuando el Comandante mandó a parar. ¡La casa de los Mena! ¡Allí vivía Angelita Varona!, y así transcurría todo el viaje. Era como si la Revolución no hubiera triunfado para ella.

Cuando algo era muy bueno, mi tía abuela Mercedes decía: «Es muy Americanito». Extrañaba los años de antaño cuando era posible montarse en un avión simplemente para ir de compras a Miami.

Mi tía, mientras conducía, fumaba un cigarrillo extranjero y cantaba en inglés. Mamá le seguía los coros. La imitaba en todo, incapaz de no repetir los mismos gestos y las mismas palabras de su hermana mayor.

Llegar a casa de abuelo era como llegar a casa de Fidel. Bueno, yo nunca había estado en casa de Fidel, pero sí sabía que en casa de mi abuelo imitaban en todo al máximo jefe. Había unos protocolos y unas maneras de comportarse que asumir. A pesar de tratarse de mi abuelo, nunca me pude relajar en el asiento. Me sentía evaluado en cada momento. Parecía que no sólo yo, sino toda la familia, estaba pasando un examen.

Ahí estaba yo, sentado en el borde del sofá, con la espalda recta y moviendo la cabeza, diciéndole que sí a todo. A veces





veía a las familias de mis amiguitos del barrio, y la manera cariñosa en que se trataban, sin ningún formalismo. Sin embargo, con mi abuelo era distinto.

Cuando mi madre se acercaba a darle un beso, el viejo se limpiaba la mejilla con un gesto de asco. Cuando mi prima cometía algún error al hablar, él la corregía de mala manera. Darle un abrazo, un cariño, limpiarle el hombro de la camisa a abuelo, parecía una cosa imposible. El respeto y la distancia eran lo más importante.

Llegabas a casa de abuelo y él preguntaba: «¿Cómo va la cosa?». Y uno enseguida tenía que decir bien y seguir como si nada. Pobre del que tratara de empezar a explicar lo que estaba sintiendo de verdad. Entonces abuelo o su mujer, mi abuelastra Bebita, interrumpían y volvían a hablar de lo que más se hablaba en ese lugar: de Fidel, de la familia de Fidel, de los logros de Fidel y de algún que otro cotilleo sobre el Comandante en Jefe de la Revolución cubana.

«¿Cómo está la nieta?», preguntaban. Y mi prima se lanzaba a responder. Enseguida abuelo viraba la cara y empezaba a hablar de otra cosa, dejándola con la palabra en la boca. Así pasaba siempre y nadie se quejaba. Todo el mundo acataba las órdenes, de la misma manera en que todo el pueblo obedecía a Fidel. No había espacio para otra voz.

La distribución y la jerarquía familiar eran parecidas a la del Estado: el jefe patriarca era abuelo (que era una copia de Fidel), luego venía su esposa, mi tía, mi prima, y así hasta el último escalón, que éramos mi mamá, mi abuela Centa y yo (el pueblo de a pie).

Me entretenía mirando las caras de mi madre, de mi tía, de mi prima y pensaba: ¿También querrán que abuelo muera para que venga Fidel?





Crecía y como si fuera un mantra me repetía constantemente:

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Me llevaba una cucharada de alimento a la boca y pensaba su nombre. Esperaba un ómnibus y pensaba su nombre. Me lo repetía una y otra vez.

Rezaba por tener la posibilidad de ver su caravana de coches pasar cerquita de mí.

A veces, de lejos, vi sus autos negros corriendo a toda velocidad. Los guardaespaldas vestidos de verde, con sus gorras militares, sacaban medio cuerpo por las ventanillas y mostraban la punta de los rifles. ¡Para el que se hiciera el loco!

Algún peatón detrás de mí decía con orgullo: *¡Ahí va el Caballo!*

Cuando alguien me contaba que había visto al Comandante, la envidia me corroía de mala manera.

Con catorce años le dije a mi abuelo: «Quiero tener de primero tu apellido». Y abuelo me dio la aprobación para que dejara de usar el apellido de mi padre (que era menos importante).

Con quince años, viendo en la televisión al hijo del comandante Almeida, al nieto del general Raúl y al nieto de Fidel acompañar a sus mayores y cuidar sus espaldas, le pedí a abuelo que me dejara ser su guardaespaldas. Aquello no tenía ningún sentido, estaba jubilado y no tenía poder alguno.

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Fidel Alejandro Castro Ruz

Me repetía y esperaba con ansias encontrarlo. Sabía que si Fidel me conocía, iba a ver algo en mí. Algo que Cuba necesitaba. Algo que sólo podía dar yo.

